

Un recuerdo al niño

Prof. Ángela M. Waksman

Pensamientos sombríos, sueños imposibles, esas imágenes que nunca se podrán borrar porque aún en la vigilia aparecen como las terribles pesadillas de las experiencias vividas.

El tren, el recorrido hacia ese lugar indefinido pero real, el agobio, la debilidad. Esa es la sensación que sacude a quienes aún siendo niños, y sin la posible comprensión total, percibieron la monstruosidad de los actos.

¿Cómo manifestaron sus sentimientos?, ¿cómo plasmaron la angustia? A veces pensando en que detrás de la muralla aún podía verse el sol. Otras veces recordando los árboles conocidos de la campiña que reverdecía en primavera y palidecía en el crudo invierno, y que los había cobijado y protegido cuando al salir de la escuela, se fugaban traviesamente para saltar y mojarse las piernas amoratadas en el arroyo, o para cruzar el puente que los llevaba a otro sitio, cercano y conocido. Esas imágenes familiares, queridas, amigas, acompañaron a tantos y tantos niños y les dieron el soporte de la ilusión que quizás al otro día volverían a recuperar aquello perdido, ya no en los sueños sino en la realidad.

Niños sobrevivientes. Niños que se han convertido en adultos y que hoy recuerdan sus experiencias. Niños que fueron niños adultos, a quienes intentaron borrar la inocencia e ingenuidad para convertirlos en protagonistas, cuando debían ser ellos los que proveían alimentos a sus padres, aprovechando la oscuridad de la noche, la apropiada medida de sus pequeños cuerpos, la estrechez de los espacios y la inmensa capacidad de sobrevivir.

Adultos que hoy vuelven su mirada hacia el horror y recuerdan.

Pero hubo además un millón y medio de niños que fueron asesinados. De algunos conocemos sus historias, de otros nos quedaron sus poemas o sus dibujos, otros son recordados por sus actos heroicos. Sin embargo a muchos de ellos sólo podemos imaginarlos, caminando de la mano de sus padres por las calles de Varsovia, jugando en el patio de una escuela en Vilna, corriendo libremente en la plaza de alguna ciudad de Hungría o simplemente cuando emocionados subían a la Torá o en el solemne momento de su Brit Milá¹. Historias truncadas, alegrías interrumpidas sin decoro.

¹ En hebreo, circuncisión.

Sobre esto he querido reflexionar en este **Iom Hashoá Vehaguevurá**. Cuando pienso en esos niños y jóvenes que perdieron la posibilidad de brillar con la luz que la existencia misma les daba; que no pudieron hacer, pero fundamentalmente que no pudieron ser o mejor dicho, seguir siendo.

Este poema es de una joven de 16 años del guetto de Terezín y expresa a las claras sus sentimientos y fundamentalmente sus esperanzas, en ese confinamiento que significó el terrible lugar cercano a Praga.

Donde no matan a nadie²

Yo quería ir sola
A donde vive la gente buena,
A ese sitio desconocido
Donde no matan a nadie.

Quizás mañana llegaremos muchos
A la meta que sueño.
Quizás dentro de poco seremos millares.

Alena Synkova³

Ella cumplió su sueño y sobrevivió, muchos otros no lo lograron. Sea nuestro pensamiento para todos ellos.

² Extraído de "Aquí no vuelan las mariposas, poemas y dibujos infantiles Terezín ,1942-1944. Editorial Milá, Bs As, 1988.

³ Nació en 1926 en Praga. Fue deportada a Terezín el 22/12/1942. Regresó después de la liberación.